

mar lugar, y luego se empezó á distribuirles el pan de la caridad espiritual. Un día es el catecismo; otro, rosario; el sábado un rasgo de historia relativo á la Santísima Virgen, y se les confiesa cuando hay lugar. Estos diferentes ejercicios, acompañados algunas veces de cantos, se prolongan hasta muy avanzada la noche. Cada año se les hace un retiro, y el 5 de Octubre, día de la fiesta Santa Galla, se saca en suerte una lista de doce pobres á quienes se les sirve una buena comida.

Esta maternal caridad que acoge á los hombres en Santa Galla, la encontramos en San Luis, ejerciéndose con las mujeres. Este nuevo hospicio, inmediato al primero, fué fundado á principios del último siglo por el venerable padre Gallazi, de Florencia. Se compone de dos dormitorios, de una capilla, de una sala de recreacion y de un jardin. Las rentas actuales no permiten tener arriba de treinta camas, pero el local podia contener el doble. Las pobres mujeres, que al toque del "Angelus," se presentan allí por la noche, son admitidas desde luego si hay lugar. Se excluyen solamente las enfermas, las mujeres en cinta, las afectas de males cutáneas, puesto que todas ellas tienen asilos especiales. Personas caritativas las reciben y las instruyen. Despues de la instruccion y de la oracion se les envia á sus lechos, compuestos de jergones y cobertores. Por la mañana, luego que se levantan, salen á sus trabajos. Una vez al mes oyen la misa y comulgan en el hospicio. Ese día se les da un medio paolo (25 céntimos de franco) en compensacion de lo que hubieran podido ganar durante ese tiempo (1). A vista de tantos cuidados, de tantos miramientos con el pobre, en otro tiempo tan profundamente despreciado de la sociedad pagana, y hoy tan mal comprendido en nuestras socieda-

1 Constanzi, p. 209; Morich, p. 134.

des materialistas, los ojos del viajero se humedecen con dulces lágrimas y su memoria le recuerda el oráculo del Profeta del cual habia hecho con gusto aplicacion á esta Iglesia romana su madre, y el modelo de los pueblos: "A vos ha sido confiado el pobre y seréis el apoyo del huérfano." Si se siente alguna pena es solo la de pensar en que más allá de los Alpes, en el hermoso reino de Francia no se encuentra nada semejante.

#### 9 DE FEBRERO.

El día de la Ceniza.—Capilla papal.—Caridad romana con los ancianos.—Con las viudas.—Asilo Barberini para los moribundos.—Ministros de los enfermos.—De los muertos.—Archicofradía de la Muerte.—Del sufragio.—El "Ave María" de los muertos.

Nos dormimos en el carnaval y despertamos en la Cuaresma. A la media noche las campanas de la ciudad santa se pusieron en movimiento y anuncian solemnemente la apertura de la gran cuarentena. Yo no sé qué impresion produjo aquel inmenso repique á una hora tan desusada. Graves y santos pensamientos os asaltan, y hasta el hombre más irreflexivo no puede escaparse de tenerlos. Al primer sonido de las campanas, los bailes, los teatros, los "soirées," todo acabó y acaba hasta la Pascua, al ménos los teatros y los bailes. El ayuno católico ha reemplazado las locas alegrías y los pensamientos mundanos. El pueblo romano que habia tomado el carnaval por lo sério, toma tambien la Cuaresma en el mismo sentido. Desde por la mañana del Miércoles de Ceniza, llena las iglesias y recibe en su frente la señal solemne de la penitencia. Todo permanece tranquilo en la ciudad, ayer todavía tan ruidosa; Roma ha recobrado su fi-

sonomía de grave y de casta matrona; podia decirse que el carnaval habia pasado hacia ya un año.

Nosotros fuimos tambien á buscar la ceniza á la capilla Sixtina y nos fué dado recibirla de mano del Soberano Pontífice. Si en todas partes la lúgubre ceremonia es imponente, en ninguna bajo el cielo lo es tanto como en San Pedro. El Sacro Colegio, los generales de las órdenes, los embajadores, los prelados romanos, los obispos extranjeros, ancianos de cabellos blancos ó bien jóvenes, lo más selecto de las naciones, adornaban, por decirlo así, el recinto reservado de la soberbia capilla; el Santo Padre estaba en su trono. De pronto baja, y os dejó contemplar cuál será el sentimiento que debe experimentar el viajero oscuro, cuando ve al cardenal gran penitenciario, avanzar adelante del vicario de Jesucristo y decirle al ponerle la ceniza en la cabeza más augusta del universo: "¡Acuérdate, hombre, de que eres polvo y qué volverás al polvo! 1. Confieso que á ejemplo semejante poco cuesta humillarse. Apenas volvió el Soberano Pontífice á su trono, cuando toda la asamblea vino con profundo recogimiento á prosternarse á sus piés y á recibir de su mano sagrada el signo de la penitencia.

Al salir de la ceremonia, uno de nuestros amigos de Roma, quiso dirigir nuestra expedicion á los hospitales que nos faltaba visitar. Durante el camino, la conversacion recayó sobre el respeto á la autoridad, respeto eminentemente social, del cual acabábamos de tener un ejemplo en la manera con que el Santo Padre recibió la ceniza. "Estas tradiciones saludables, añadió nuestro guía, se conservan todavía en nuestras familias; generalmente la autoridad paternal es muy respetada. Entre los

1 El Santo Padre en señal de su dignidad suprema no se arrodilla, sino que en pié recibe la ceniza.

padres y los hijos no reina esa familiaridad que se acerca á la igualdad; nada de tutear los hijos á los padres, ni de los padres á las madres; el hijo no abraza á su padre ni por la mañana ni por la noche; se contenta con solo besarle la mano." Así, cuando los Romanos ven la manera que acostumbran nuestros Franceses con sus hijos, dicen muy asombrados: "E un dar troppo confidenza ai figli." Es dar muchas confianzas á los hijos. ¿No tendrían razon?

Entre tanto llegábamos al objeto de nuestro viaje. Antes de tocar el pobre á su última hora, cuando sus fuerzas agotadas por la edad no le permiten bastarse á sí mismo, encuentra gracias á la caridad romana un abrigo para su vejez, como encontró una cuna para su infancia, un socorro para su miseria y remedios para sus enfermedades. Le hemos visto en San Miguel, en Santa María de los Angeles, dejando correr tranquilamente sus días, rodeado de todos los cuidados del cuerpo y del alma; parece que en esta larga cadena de beneficios, no falta ni un eslabon. Por tanto, solo el ojo maternal de Roma entreve una solucion de continuidad, en que no sé que los otros países fijen la atencion. Con demasiada frecuencia las mujeres del pueblo, esposas laboriosas de honrados obreros, se quedan viudas ántes de tiempo. Secundadas por sus maridos, proveian á sus necesidades; pero solas no pueden, y si se quedan en medio del mundo ¡cuántos peligros la esperan! ¿Y cómo sacarlas de ellos? Demasiado jóvenes todavía no se las puede colocar en los hospicios de las ancianas. ¿Qué medio para preservar su virtud y asegurar su existencia? Este grave problema, tan interesante para las costumbres públicas, lo ha resuelto Roma. En su seno existen piadosas casas que acogen gratuitamente á las pobres viudas y les proporcionan un asilo, sin darlas por otra parte alimentos ni vestidos. Vive allí en comunidad, con la liber-

tad de salir, de trabajar como les plazca y de ocuparse como quieran. Visitamos desde luego la casa de este género, fundada por el caritativo médico José Ghislieri en Torre del Grillo; sirve de habitación á seis pobres viudas. De allí, dirigiéndonos hácia el forum de Trajano, vimos el asilo abierto por los príncipes Ruspoli, en el cual cada viuda ocupa un cuarto separado. Viene en seguida el «Boschetto», que sirve de morada á diez pobres viudas; luego el asilo parroquial de San Lorenzo «in Lucina», cuyo excelente cura nos hizo la acogida más favorable; por fin, el refugio de los príncipes Barberini en «Santa María in Via»; éste es el mejor de Roma, pues cada viuda tiene para ella sola dos cuartos y una cocina 1.

Al fin la gran catástrofe se anuncia; la muerte precedida de la enfermedad, la muerte tan cruel para todos, tan desoladora para el pobre, viene á buscar sus víctimas. Pero en Roma la caridad la adelanta; está sentada cerca del lecho. Su hijo morirá porque es necesario; pero morirá en brazos de su madre rodeado de sus caricias y de sus cuidados. No hablaré aquí de los cuidados materiales; gracias al cristianismo, son generalmente los mismos que en todas las naciones civilizadas. En cuanto á los cuidados espirituales, decisivos en esos momentos supremos, ¿cómo expresar la tierna solicitud con que Roma los prodiga? Para no ser largo, omito las piadosas cofradías de los agonizantes, las que frecuentan los hospitales, y las obras particulares que tienen por objeto conseguir para los enfermos la gracia de una santa muerte; me limito á señalar la institucion de San Camilo de Lelis.

No podeis bajar á uno de los cuarteles de Roma, sin encontrar un religioso de continente grave y modesto. Sobre su

1 Constanzi, p. 130; Merich., p. 157.

larga sotana negra, cubierta con una capa del mismo color, se dibujan dos grandes cruces rojas que están colocadas, la una en el corazon y la otra en la espalda. Este religioso, venerado de todos, es un hijo de San Camilo de Lelis, ó de otro modo, un «ministro de los enfermos.» A todas horas del día y de la noche él y sus cofrades están á las órdenes de los enfermos. La caridad los atrae á sus lechos; y todos los cuidados corporales y socorros espirituales que pueden inspirar el celo y la abnegacion, les prodigan á los enfermos, ricos ó pobres, extranjeros ó nacionales. Nada importa que la enfermedad sea contagiosa; ellos afrontarán, como soldados intrépidos, el peligro, y no adandonarán nunca el puesto de honor que les está confiado. Por uno de esos rasgos bastante comunes en la edad media, pero muy raros hoy, los ministros de los enfermos añaden á los votos ordinarios el de no abandonar nunca á los apestados. Ya tendré ocasion de hablar más tarde de su casa y de su santo fundador.

Por fin, el pobre muere; pero no está abandonado. Mirad venir no sé á cuantos piadosos cofrades que se disputan el honor de llenar con él los últimos deberes, de lavar, de sepultar su cuerpo y de llevarlo á las espaldas al «campo santo.» Mas si muere en los campos, en medio de aquel campo romano tan temible por su soledad y por el «mal aria», aire mal sano que allí se respira, nada hay tampoco que temer; como Tobías en Nínive, así la caridad desafiara los peligros. Es preciso saber que en la época de las cosechas, numerosos obreros bajan de la Sabina y vienen á ofrecer sus brazos á los propietarios de las partes cultivadas del campo romano; y que desde que se desarrolla el calor, les agobian grandes males.

Sus pulmones, habituados al aire sutil de las montañas, están mal situados en la

atmósfera de la llanura. Sus cuerpos, cuyos poros ha abierto el sol, se enfrian bruscamente con el contacto inmediato de un fresco rocío y de la tierra que les sirve de cama. La fiebre se apodera de alguno de ellos, á quienes el «Caporale», casi en el mismo estado que ellos, les trasladada á su tienda de campaña, poniéndoles cerca de ellos una poca de agua acidulada. Por la tarde todas las víctimas del día son llevadas en carreta al hospital más inmediato, que dista muchas veces diez ó doce leguas. La noble y piadosa familia Doria Pamphile ha dado el bueno y único ejemplo de establecer en cada una de sus fincas de campo un carruaje cómodo para cumplir este caritativo deber; pero con demasiada frecuencia se llega al lugar en donde se encuentran los socorros, á tiempo en que ya son inútiles. Algunas veces, en el paroxismo de la fiebre, aquellas pobres gentes se alejan de su comunidad, y no es raro que la muerte les toque lejos de sus amigos.

Estos tristes acontecimientos son bastante frecuentes para que hombres piadosos hayan formado una cofradía que recorre los campos para recoger allí á los enfermos y trasladarles al hospital, así como para sepultar los cuerpos de los que mueren ignorados.

Por eso en aquellos campos romanos, en donde los palacios y los jardines en ellos situados en otro tiempo, habian alejado el arado, podia morir ahora el hombre solo y su cadáver entregado á aves de rapiña, si el cristianismo no hubiera llenado algunos corazones de una sublime caridad. Pero debo apresurarme á decir que no se podria acusar enteramente á los hombres de aquellas desgracias, porque estas resultan en gran parte de la naturaleza de las cosas que necesitando una inmensa reunion de obreros en lugares muy mal sanos, mal provistos de habitaciones

y situados lejos de la ciudad, hace muy difícil prodigar cuidados á ochocientos ó novecientos labradores que están empleados por algunos hacendados. No obstante, se ha reconocido que el mal puede disminuirse y la suerte de aquellos labradores mejorarse por medio de algunas precauciones que el gobierno pontificio y la administracion francesa han recomendado igualmente. 1

Deseosos de conocer la piadosa cofradía, que yendo á buscar á lo lejos, en los campos, enfermos que curar ó muertos que sepultar, da al mundo un ejemplo tan magnífico de caridad, nos dirigimos á la «Via Giulia», en donde está su iglesia. Allí supimos que la asociacion se remonta al año de 1551. Es muy numeroso y se compone de personas de condicion acomodada y de buena educacion. Entre sus miembros fué el más celoso San Carlos Borromeo, sobrino del papa entonces reinante. El traje consiste en un largo saco de tela blanca. Al estar nosotros en la iglesia se acababa de saber la noticia de un accidente que habia tenido lugar en el campo. Advertidos al punto, llegaron á toda prisa algunos hermanos; se cubrieron con su saco y se pusieron en camino. Así lo hacen en todos tiempos y en todas estaciones, y van á buscar el cuerpo á veinte ó á treinta millas de Roma. Tienen derecho de enterrarlo en el cementerio que juzguen conveniente. La cofradía recoge por término medio, anualmente, trece muertos en el campo, y á distancia de nueve á diez y siete millas.

En el interior de Roma los cofrades acompañan aquellos fúnebres cortejos, como lo hacen tambien muchas asociaciones. Revestidos con su saco, salen de dos en dos, precedidos de un estandarte largo y angosto, con las caras cubiertas con un

1 M. de Tournon. *Estudios estadísticos sobre Roma*, tit. I, p. 285.

capuchon que tiene dos agujeros para que puedan ver; se dirigen de este modo á la casa designada, llevan al muerto á la iglesia rezando salmos y teniendo antorchas en las manos. Las cofradías de Roma acompañan así á su sepultura, no solo á sus miembros, sino tambien á los extraños.

Hé ahí, pues, al pobre recibido á su entrada en la vida, abrigado, socorrido en sus necesidades y en sus enfermedades, asistido á la hora de su muerte, depositado con respeto en la tierra santa de donde debe levantarse algun dia; tal es hácia el último de los hijos de Adán la veneracion profunda y constante de Roma cristiana. Esta conducta, comparada á la de la Roma imperial, forma un contraste de tal modo inexplicable, que seria necesario ser muy ciego para no ver en él, bajo una de sus faces más divinas, el brillante milagro que cambió las costumbres y las ideas del género humano. La admiracion y el reconocimiento que él excita se hacen más vivos todavía, cuando se piensa en que la caridad romana, salvando el umbral de la tumba, va á consolar al hijo de su ternura hasta el seno de la eternidad. ¡Qué no tenga yo una pluma bastante elocuente para pintar dignamente el amor natural de Roma hácia los difuntos! ¡Oh, vosotros que amais los piadosos recuerdos de los siglos de fe y las tiernas costumbres de nuestros padres, venid á la ciudad santa; y cuando os sea dado contemplarla, por favor, tened ojos para ver, más no palacios, cuadros, estatuas, obeliscos, teatros y naumáquias. ¡Saved ver á Roma en Roma!

La Iglesia, tierna Raquel, madre y señora de todas las demás Iglesias, está sin cesar en movimiento para comunicar su solicitud en favor de sus hijos que han dejado de existir. ¡Qué consuelo para ella ver que un buen resultado corona sus esfuerzos! Quisimos ser de ello felices testi-

gos. En una de las bellas iglesias de la *Via Giulia* está establecida hace tres siglos la archicofradía del *Sufragio*, inmensa asociacion rica en indulgencias, que extiende sus ramas hasta las partes más remotas del mundo católico. De allí corre incesantemente un rio de oraciones, de limosnas, de buenas obras, de misas, que va á llevar el descanso y la paz á las almas detenidas en las llamas expiatorias. No habreis olvidado aquella otra cofradía, tan imponente por su número, tan admirable por el fervor de sus miembros, que todas las tardes acude al hospital del Espíritu Santo y que luego que se acerca la noche, bajando devotamente de la cresta escarpada del Janículo, se va á orar en los sepulcros. Añadid á esta, otras veinte asociaciones que podeis ver todas las tardes en los diferentes hospicios, y en los oratorios nocturnos, rezando los oficios santos por las almas del purgatorio. En fin, cuando el otoño trae la solemne fiesta de los Muertos, trasladaos á la *Via Giulia*, á los cementerios del Janículo, de San Salvador, del Consuelo y de Santa María *in Trastevere*. Una multitud inmensa y recogida llena aquellas moradas, ó por mejor decir, aquellos vastos dormitorios de los muertos. A fin de excitar su piedad despues de las oraciones, siguen representaciones tomadas de las Escrituras. Los personajes tienen la cabeza, las manos y los piés, de cera, cosa que se trabaja muy hábilmente en Roma; sus vestidos son propios de las circunstancias y se les ve en los momentos más importantes de la accion; el fiel encuentra allí un motivo de tierna compasion y el artista mismo un objeto de estudio. La fiesta de los muertos sigue con la misma pompa y el mismo empeño durante toda la octava. 1

Pero no basta á la Iglesia hacer oracio-

1 Constanzi, t. 1, ps. 72, 222, 251.

## 10 DE FEBRERO.

Los Sacconi. — Limosnas particulares. — Reflexiones sobre la caridad romana.

El tiempo estaba frio, el cielo nebuloso y el suelo cubierto de lodo. Hago notar todas estas circunstancias, porque ellas recuerdan á mis ojos la obra admirable de que voy á hablar. Cuando pasábamos por la cima del Capitolio, cerca de la prision de los deudores, oímos á algunos pasos dos hombres que caminaban silenciosamente delante de nosotros, de cada lado de la calle. Iban con los piés desnudos el cuerpo cubierto enteramente con un largo saco de tela blanca, terminado en la parte superior con una máscara de la misma tela que estaba perforada con dos agujeros para los ojos, de modo que era imposible ver sus rostros. Uno y otro tenían una bolsa en la mano y se paraban en los umbrales de cada puerta, sin decir una sola palabra; la puerta se abria, una moneda caía dentro de la bolsa, y ellos manifestando su reconocimiento por un profundo saludo, seguían á presentarse en la puerta inmediata. «¿Quiénes son estos hombres? ¿qué hacen?» tales fueron las preguntas que dirigimos casi á una voz al excelente amigo que nos acompañaba. «Esos hombres, son, nos dijo él, los *Sacconi*; deben su nombre al gran saco que les cubre. Sabreis que existe aquí una asociacion piadosa, compuesta de lo más selecto de la nobleza, del clero secular y de los cardenales; ella tiene por objeto el consuelo de los pobres y sobre todo de los presos por deudas. Cada mes sus miembros recorren las calles pidiendo limosna. El dia que para ello está fijado, así en estío como en invierno, y á pesar del frio y de la lluvia, van como veis, con los piés desnudos, á pedir de puerta en puerta por

1 *Raccotta*, di Indulgenze, p. 486; Roma 1841.

2 Il Purgatorio aperto alla pieta de'viventi; El Purgatorio abierto á la piedad de los vivos.